

DOLORES BRANDIS

Departamento de Geografía Humana. Universidad Complutense de Madrid

*Los relatos de viajes en la construcción de la imagen de la ciudad. Itinerarios de viajeros extranjeros en el Madrid de los siglos XVI, XVII y XVIII**

RESUMEN

Se pretende desvelar el papel que juegan los relatos de viajes anteriores al siglo XIX en la construcción de las imágenes urbanas de Madrid que recrearán posteriormente los viajeros románticos. Después de indagar en los repertorios bibliográficos de viajeros, se rescatan de los relatos las descripciones que mejor recrean imágenes de la ciudad y que, de ser recurrentes en textos separados en el tiempo, contribuyen a la construcción de esas imágenes.

RÉSUMÉ

Les récits de voyages dans la construction des images urbaines. Itinéraires de voyageurs étrangers dans le Madrid des siècles XVI, XVII et XVIII.- On prétend déceler le rôle joué par les récits de voyages ayant eu lieu avant le XIX^e siècle dans la construction des images urbaines de Madrid qui seront recrées après par les voyageurs romantiques. Des recherches dans les archives bibliographiques des voyageurs ont permis d'en extraire les descriptions qui recréent au mieux les images de la ville, et qui ont contribué à la construction des images en cas d'apparaître répétées dans des textes postérieurs.

ABSTRACT

City image construction through travel stories. Foreign travellers' itineraries in Madrid during 16th, 17th and 18th centuries.- This paper intends to reveal the role of travel stories before the 19th century in the construction of urban images of Madrid that would recreate the romantic travellers later on. The descriptions that best create the images of the city are found after investigating the traveller's bibliographic resources, and would eventually contribute to the construction of images if used over time.

Palabras clave/Mots clé/Keywords

Relatos de viaje, viajeros extranjeros, imagen urbana, Madrid, itinerarios urbanos.

Histoires de voyage, voyageurs étrangers, image urbaine, Madrid, itinéraires urbains.

Travel account, foreign travellers, urban image, Madrid, urban itineraries.

I. INTRODUCCIÓN

Está demostrado que a lo largo de la historia los relatos de viajes han sido transmisores de imágenes literarias y en ocasiones también visuales de los lugares

que recrean, y que los viajeros románticos contribuyeron como ningunos a divulgar imágenes de las ciudades visitadas. No será el caso de Madrid. A estos viajeros una ciudad con síntomas de europeísmo en muchas de sus formas no les sirve, no alimenta suficientemente su sensibilidad ni su imaginación, no es el lugar adecuado para experimentar sensaciones. De ahí la recomendación que recoge en 1833 el *Manual para viajeros por España* del británico Richard Ford, uno de los autores más reconocidos y con más páginas dedicadas a la ciudad:

* El estudio se integra en el proyecto de investigación *Dinámicas recientes y estrategias de intervención en destinos patrimoniales*. Ministerio de Educación. Plan Nacional I + D + I (2004-2007). Referencia: SEJ2006-10898/GEOG. Director: M. A. Troitiño Vinuesa.

CUADRO 1. *Procedencia de los viajeros que visitan Madrid (siglos xv-xviii)*

Procedencia	Siglo xv	Siglo xvi	Siglo xvii	Siglo xviii	Total
Italia	-	14	30	11	55
Francia	-	3	24	17	44
Inglaterra	-	2	14	12	28
Alemania	2	3	8	5	18
Portugal	-	1	1	2	4
Holanda	-	2	-	1	3
Polonia	-	1	1	-	2
Irlanda	-	-	-	2	2
Suecia	-	-	-	2	2
Finlandia	-	-	-	1	1
Renania	-	-	-	1	1
México	-	-	-	1	1
Total	2	26	78	55	161

Fuente: García-Romeral (2000 y 2001)

Una semana bastará para ver las maravillas de la única corte del mundo, cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa; feliz aquel que de Madrid escape a Ávila, El Escorial y Segovia, o que se dirija hacia la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden, porque aquí el amor, pequeño al principio, irá disminuyendo maravillosamente a medida que vaya aumentando su conocimiento. Cuanto más se conozca Madrid, tanto menos gustará. (Ford, 1981, 32)

Si se revisan los textos de los viajeros románticos que llegan a Madrid, se encuentran pocas imágenes literarias de la ciudad que hayan trascendido más allá de las verdades antes por otros visitantes. Entonces, ¿cuándo y cómo se construyen esas imágenes que han traspasado las fronteras y perdurado hasta hoy? Se propone como hipótesis de partida que a finales del siglo xvi es cuando se empiezan a construir buena parte de las imágenes que se recrearán en el xix. La empresa que se acomete aquí pretende confirmar este supuesto, y coincido con López Ontiveros en que «los viajeros diseñan para Córdoba una imagen nítida y vigorosa que ha llegado hasta el momento actual. Su análisis y caracterización no los entiendo como un ejercicio inútil y sin importancia práctica, porque esta imagen es la que desde entonces se vende a efectos turísticos y la que le confiere seguridad y señas de identidad a sus habitantes» (Escobar Camacho, 2009, 208).

Trabajar con relatos de viajeros extranjeros implica, en primer lugar, dado el amplio periodo temporal considerado, del siglo xvi al xviii, incorporar una gran varie-

dad de formatos que obligan a revisar estudios procedentes del campo de la filología, en busca de los principios que definen la literatura de viajes y las características de sus diversas modalidades; en segundo lugar, indagar en los repertorios bibliográficos de viajeros en España para conocer a los que en su periplo llegaron a Madrid; en tercer lugar, rescatar de los relatos de estos viajeros las descripciones de la ciudad que mejor recrean su imagen, rastreando para ello en los textos originales o traducidos, o en estudios de historiadores, filólogos y geógrafos sobre viajes y viajeros, aceptando de éstos los testimonios que reproducen el texto original, pero no las versiones libres que las reemplazan.

II. LOS RELATOS DE VIAJES Y LA CONSTRUCCIÓN DE IMÁGENES

1. LOS VIAJEROS Y LOS RELATOS DE VIAJES

Las opiniones vertidas en torno al concepto «literatura de viajes» son muchas, y a la vista de las imprecisiones terminológicas que existen sobre el vocablo y las variantes genéricas derivadas, parece oportuna la opinión de F. Uzcanga (2006) de considerar la literatura de viajes como un género abierto que engloba principalmente el libro y el relato de viajes, en cuanto descripción de un viaje efectuado por el autor, y donde encontrarían cabida variantes formales como el diario, la crónica, la carta, etc. Este entendimiento parece bastante consensuado, tal y como señala Herrero (1999), a la vista de la copiosa

relación de trabajos que asumen el uso extensivo del término para referirse al conjunto de textos de muy variado signo pero con el motivo del viaje como enseña común. Además, si se acepta la definición del diccionario de términos literarios de Estébanez Calderón de expresión que engloba diversas modalidades, esto es, libros de viajes, crónicas de descubrimientos, itinerarios de peregrinos, cartas de viajeros, relaciones, diarios, novelas de viajes, etc., el rótulo «literatura de viajes», a juicio de Albuquerque (2006), parece una categoría suficientemente clara como para no necesitar mayores precisiones.

Con mayor concisión y alcance se expresa G. Champeau (2004) al advertir de la dificultad de establecer normas ideales, atemporales y apriorísticas para definir el género del relato de viajes, y señala que escoge esta denominación en detrimento de la más habitual «libro de viajes» con el objetivo de englobar tanto a libros como a otros textos siempre que la temática del viaje y la narración en prosa sea el denominador común. Con esto, la autora deja claro que la presencia de un personaje de viajero y la mediación de su mirada y subjetividad marcan las fronteras que separan el relato de viajes de otros géneros puramente documentales como el reportaje, la guía turística o la monografía científica.

Para cumplir con el objetivo de esta investigación, a lo apuntado hasta ahora cabría añadir que se considerarán las experiencias viajeras relatadas por escritores de oficio u ocasionales siempre que sean reales y no ficticias, descartando, en consecuencia, no sólo las novelas en las que el tema del viaje constituye un objeto de tratamiento estético en la literatura de ficción, sino también los relatos que, incluyendo en el título la palabra «viaje», se entienden no tanto en su aspecto geográfico como en el existencial.

A la vista de que el periodo temporal elegido es prolífico en testimonios escritos que se escapan del marchamo «libros de viajes», parece oportuno detenerse en las particularidades que los hacen partícipes de la categoría de relatos de viaje. No entran en un parámetro formal definido, pues la variedad de causas del viaje origina, obviamente, una pluralidad de tipos de discursos y formas de expresión. Difieren en cuanto a su finalidad y extensión, en respuesta a las variadas motivaciones de los autores, así como en el estilo empleado, que tiene presente las expectativas del lector o de la sociedad al que van destinados. Será el parámetro temático y no el formal el lazo de unión más evidente de los relatos, pues no puede haber relato de un viaje sin la narración de un viaje.

Las formas que suelen adoptar los textos han sido fijadas en algunas investigaciones (Salcines, 1995; Díez

CUADRO 2. *Motivos del viaje de los extranjeros que visitan Madrid (siglos xv-xviii)*

Siglos	Cargos políticos, nobleza y militares	Viajeros	Total
xv	-	2	2
xvi	23	3	26
xvii	58	20	78
xviii	26	29	55
Total	107	54	161

Fuente: García-Romeral (2000 y 2001) y García Mercadal (1999)

Borque, 1995), de forma que en los diarios se explicita la delimitación en el tiempo y en el espacio, y el autor expone sus puntos de vista sobre los hechos o escenas que presencia a lo largo del viaje. En las memorias los capítulos no están encabezados por una fecha, sino por la selección que hace el autor de los hechos que relata. En las cartas existe un orden cronológico, el viaje está narrado esporádicamente siempre que haya algo que transmitir. Las relaciones de embajada son testimonios de la vida política, visiones globales del país, del carácter de sus gentes y de su cultura. Y también hay títulos con el término «itinerario» que orienta la forma de organizar el material.

Y sobre los libros de viajes también hay estudios que apuntan sus características constitutivas (Albuquerque, 2005, 2006; López-Cordón, 1998). En los libros de viaje, esto es, los escritos expresamente como tales, el viaje es el núcleo del relato, el eje vertebrador de toda la narración y sobre él se articula el discurso en el que existe un tiempo real, siendo el orden cronológico el que marca el orden del relato. Presentan una modalidad narrativo-descriptiva, pudiendo variar el equilibrio entre los dos polos, pero donde siempre predomina la descripción (representaciones de objetos y personajes) sobre la narración (sucesos, hechos, acciones y acontecimientos). Incorporan una clara carga documental (geográfica, histórica o sociocultural) y también una cierta presunción literaria, de ahí su carácter híbrido entre lo histórico-documental y lo artístico-literario. Sin embargo, puede darse el caso de que el peso de la información previa que acompaña al viajero influya hasta el punto de que su visión esté más fundamentada en la autoridad de la tradición literaria que en la propia percepción, o que en los libros escritos con posterioridad al viaje, en la confortable tranquilidad de un gabinete, se empleen en demasía los consabidos métodos de consulta, acotación y copia, propios de la erudición.

2. LOS RELATOS DE VIAJES Y LAS IMÁGENES URBANAS

En otro lugar, donde traté la construcción de la imagen visual de la ciudad, señalaba el carácter polisémico del término «imagen», como abstracción mental, visual o lingüística. Si la imagen mental resulta de la percepción de la ciudad por los sentidos, y en ella se reconocen sensaciones, sentimientos y configuraciones visuales, la imagen lingüística es su concreción en una representación viva y eficaz por medio del lenguaje (Brandis, 2009). Y los relatos de viajes se muestran especialmente adecuados para comunicar impresiones, sentimientos y vivencias resultado de la experiencia viajera. En ellos se apreciarán diferencias por la retórica que marcan las épocas, los objetivos del viaje, la idiosincrasia del autor y el contexto en el que fueron escritos, sin olvidar tampoco que en los relatos de unos y otros viajeros se podrán dar anticipaciones y arrastres entrecruzados. Todo esto se pondrá de manifiesto en las descripciones que el viajero dedica a la ciudad.

Aunque el relato medieval escapa del periodo estudiado, se reconocen constantes que aparecerán en los siglos posteriores. Allí existe un propósito totalizador de describirlo e incorporarlo todo, pero, al no tener todo la misma importancia, el autor se ve obligado a decidir, a seleccionar los hitos fundamentales del itinerario, siendo los lugares que se describen, y no el tiempo, los que crean el verdadero orden narrativo. Las ciudades se convierten en el índice de referencia esencial a través del cual progresa la descripción del viaje, hasta el extremo de producirse una brusca aceleración del tiempo de la narración cuando no existen en una etapa del desplazamiento. La descripción de las ciudades se hace siempre conforme a un esquema compositivo fijo que procede de la antigua tradición retórica. Conforme allí se recomienda, la descripción debe atender a la antigüedad y fundadores de la ciudad, situación y fortificaciones, fecundidad de sus campos y aguas, edificios y monumentos importantes, costumbres de sus habitantes y personajes famosos. Y también se utiliza la comparación, como era propio del género. Tal esquema, como señala Pérez Priego (1984), estaba muy difundido en la época medieval y era el que se aplicaba una y otra vez en los libros de viajes, más o menos alterando el orden de sus elementos.

Cuando la idea fundamental del descubrimiento pasa a un segundo plano, al viajero por embajada fija o misión política particular se le van incorporando profesionales por motivos científicos y de instrucción, investigadores, humanistas o eruditos de diversas ciencias. España es todavía un país suficientemente desconocido pese a haber

sido dueño de media Europa, ingredientes ambos que suponen un poderoso atractivo para el viajero, y su afán por entender esa realidad le hace ser un observador riguroso. Consideran López de Abaida y López Bernasocchi (2004) que la observación será diversa en tanto se realiza desde funcionalidades diferentes debidas a la propia psicología del autor y a los motivos que impulsan a emprender el viaje, así como a las miradas hacia España del imaginario sociocultural de la Europa de los siglos XVI y XVII, influyendo en el sentido y significado de lo que el viajero ve y en el testimonio que de ello quiera dar. Y añade López Valero (1997) que la complejidad de los nuevos intereses que intervienen convierte la literatura de viajes del barroco en auténticos manuales empíricos de la realidad cotidiana observada. Así, el viajero que se adentra en las ciudades no dará descripciones sistemáticas, pues no hay un patrón tipo de estructura y contenidos, sino que sus rasgos irán apareciendo de forma desordenada conforme transcurre la estancia en ella.

El cambio de dinastía con que España inicia el siglo XVIII la convierte en punto de mira de la atención europea, lo que acrecienta la llegada de visitantes, y esto pese a ocupar un lugar ciertamente secundario en los viajes por el continente, marginada como estaba de los recorridos convencionales del gran viaje británico. Pero, además, en Europa impera el espíritu de la Ilustración y en la sociedad el ansia de conocer, por lo que los relatos de unos viajeros que parten de un escenario marcado por el ideario y la sensibilidad ilustrada serán una pieza sin duda relevante a partir de la cual los europeos piensen e imaginen España en sus gabinetes y tertulias.

El tipo de viajero que se adentra en la Península es el de un erudito, un estudioso que pretende conocer las costumbres, las manifestaciones artísticas, la historia, y que centra su atención en las ciudades. Las bellas artes eran temas de interés en los juicios culturalistas de progreso tan propios de la sociedad europea y algunas de las ciudades sorprenden por la riqueza de su patrimonio, en especial el pictórico, pues no en vano los monarcas españoles habían atesorado una de las colecciones de cuadros más notables de Europa. Señala Crespo (2001) que los relatos de viaje de la segunda mitad del siglo XVIII advierten de las artes españolas que merecían conocerse por su interés histórico o estético, contrastando con los silencios y ausencias anteriores, constituyéndose en un primer paso obligado para el apasionamiento por España y lo español que se dará en el XIX.

El viaje ilustrado se entiende como experiencia que debe reportar un beneficio a la sociedad, situándose el autor como mero agente transmisor de conocimientos,

eludiendo casi siempre las alusiones directas a su propia persona, o al menos a su intimidad, aunque algunos, como el erudito italiano Giuseppe Baretti, no puedan evitarlo: «En la descripción que sigue, espero que den resultados los esfuerzos que he realizado para llevar al lector conmigo en la medida en que esto es posible, para hacerle ver lo que he visto, oír lo que he oído, sentir lo que he sentido e, incluso, pensar e imaginar lo mismo que yo he pensado e imaginado» (Garms, 1988, 87).

Pero estos viajeros generalmente no escriben sobre su estado de ánimo, sino sobre la ciudad, y presentan la información de forma ordenada e incorporan datos estadísticos. En los relatos de viajes se reconoce un estilo literario caracterizado por el interés en temas recurrentes y en el desarrollo de una literatura auxiliar, habiendo un intento, además, de sistematizar la estructura narrativa.

Conviene, finalmente, detenerse en el papel que juega la carga de información previa que acumulan los viajeros, sobre todo si los mueve el afán de conocer. Consultan libros y manuales, guías, láminas de grabados, retienen las imágenes de otros lugares visitados y, aunque pretendan en sus relatos vincular al lector con la realidad viva de los lugares descritos e intenten describirlos con visos de objetividad, su mirada nunca está exenta de apreciaciones personales que subrayan la impronta del autor y el filtro que supone la carga de imágenes preconcebidas.

Desde el siglo XVI se editan guías en Europa, pero pocas incluyen descripciones urbanas, siendo excepción la *Almoneda general de las más curiosas recopilaciones de los reinos de España*, de Ambrosio de Salazar, publicada en París en 1612, en español y en francés. La última parte de la obra incorpora una guía de caminos y presenta detalladamente las ciudades, enumerando sus edificios fundamentales, siguiendo el esquema tradicional acuñado en la Edad Media (Fernández Gaillard, 2004). Se ignora cuán conocido era el libro de Daniel Meissner *Libellus novus politicus emblematicus civitatum*, de 1638, que incluía grabados de vistas panorámicas de ciudades (López de Abiada y López Bernasocchi, 2004). Otras dos guías que tuvieron gran difusión por Europa son la de Álvarez de Colmenar, *Delices de l'Espagne et du Portugal*, de 1707, editada también en Amsterdam en 1741, y la de Bernardo Espinalt, *Atlante español o descripción general, geográfica, cronológica e histórica de España*, de 1778-1795 (García-Romeral, 2000). Y otra guía europea, la de Richard, pone de moda España entre los alemanes a finales del siglo XVIII (Ortas Durand, 2005). En Gran Bretaña se reeditan viejos relatos de viajes que conforman importantes colecciones, siendo los más solicitados los de E. Willoughby, E. Veryard y W. Bromley, ingleses que

visitaron España en la segunda mitad del siglo anterior (Freixa, 1994).

También circulan repertorios de vistas de ciudades. La ingente obra *Civitates Orbis Terrarum*, de G. Braun y F. Hogenberg, que incluye 45 ciudades y pueblos españoles, se publica en 1572 simultáneamente en Amberes y en Colonia, y hasta 1624 se hacen cerca de cincuenta ediciones en latín, alemán y francés. De la difusión de las *Vistas españolas* realizada entre 1561 y 1575 por A. van den Wyngaerde, encargadas por el rey español, se sabe poco, salvo que la obra viaja a los Países Bajos para su edición y allí se dispersa, no llegando a reunirse todos los grabados, repartidos por Praga, Viena y Londres, hasta el siglo XIX. Y aunque habrá que esperar a finales del siglo para que los relatos se acompañen de ilustraciones realizadas por los viajeros o por dibujantes, es un antecedente temprano el *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*, que contiene las perspectivas de muchas ciudades realizadas durante el itinerario por Pier María Baldi.

Son muchos los relatos que se publican con prontitud, y no pocos los viajes realizados con ese objetivo, constituyendo una pieza sin duda relevante a partir de la cual la sociedad europea concibe y fantasea España y, por qué no, planifica un futuro viaje. En y desde esas obras se forja en gran medida una imagen de España que es la de la Europa culta de la segunda mitad de siglo y que pasa al XIX. Y si el viaje forma parte de un entramado de ideas sobre el otro fijadas en un proceso de literaturización y socialización, no parece desacertado sostener que «desde este punto de vista, en el cual interesan los inicios del avance, retroceso o evolución de una imagen determinada, carece de relevancia cualquier polémica sobre el grado de fidelidad de las páginas del visitante con la realidad de lo visto» (Romero y Almarcegui, 2005, 49).

III. LA IMAGEN DE MADRID Y LOS ITINERARIOS POR LA CIUDAD

1. LOS VIAJEROS EXTRANJEROS EN MADRID

Para obtener una primera aproximación del paso por la ciudad de visitantes extranjeros, los repertorios de viajeros son una fuente indispensable, sobre todo si incluyen el itinerario del viaje, que también se puede llegar a deducir de la biografía del autor si el catálogo la incorpora. Aquí se ha utilizado especialmente el de García-Romeral (2001), pues examina las últimas ediciones de los tres anteriores que se consideran más completos: el de Ra-

ymond Foulché-Delbose, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (1991); el de Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal: desde la Edad Media hasta el siglo xx. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas* (1942), y el de José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos remotos hasta comienzos del siglo xx* (1999), el único que incorpora parte del relato de los viajeros. En opinión de Bas Martín (2007), la obra de García-Romeral es sin lugar a dudas la más completa en su género, superando con creces a todas las publicadas hasta la fecha.

Tras la revisión de este repertorio, resulta que entre 1465 y 1798, atendiendo a la fecha de los viajes, visitaron Madrid con estancias más o menos prolongadas 163 extranjeros, de los que el 18 % lo hizo durante el siglo xvi, el 48 % a lo largo del xvii y el 34 % restante durante el xviii. La instalación de la corte en la villa en 1521 explica que la casi totalidad de los viajeros del siglo xvi lleguen a Madrid a partir de entonces. En la abultada presencia de italianos y franceses, sobre todo durante el xvii, se atisban las particulares relaciones diplomáticas de España con sus países de origen, no siendo éste el caso de los ingleses, cuya presencia es minoritaria. La incidencia de la incorporación de España en el viaje ilustrado que contempla Inglaterra a mediados del siglo xviii se reconoce en que es a partir de entonces cuando llegan a la ciudad las tres cuartas partes de los viajeros del siglo, ingresando en este monto la totalidad de los ingleses.

El motivo del viaje juega un papel importante en la actitud que toma el viajero en la ciudad, pues condiciona sus desplazamientos y, en consecuencia, los elementos que le salen al paso e, incluso, su forma de observarlos y describirlos. Los repertorios bibliográficos, no siempre suficientemente precisos a este respecto, permiten una aproximación a la razón del viaje, que, de no estar explícita, se puede deducir a través del propio relato y del cruce de las variables duración del viaje y tipo de itinerario. Del procesamiento de los datos se obtiene una síntesis, quizá demasiado sencilla, pero que resulta útil para el progreso del estudio. Así, el 66 % de los visitantes se acercan a la ciudad por su condición de cargos de representación política en su más amplio sentido (embajadores, diplomáticos, militares, nobles, secretarios, acompañantes de séquito, etc.) y están representados mayoritariamente en los primeros siglos. Los restantes visitantes recaen en el rótulo de «viajeros», pues los largos itinerarios que realizan por la Península y sus estudios (humanistas o científicos) los hacen proclives a esta consideración, siendo el viajero ilustrado el que decanta el peso de la balanza en el siglo xviii hacia este tipo de visitante.

En la revisión de la bibliografía sobre viajeros en Madrid realizada por filólogos, historiadores o geógrafos, se han consultado veintiséis investigaciones. En ellas se aprecian tres formas diferentes de estructurar el contenido. La cronología de los viajes organiza el guión de la mayor parte de los trabajos, un total de diecisiete, en los que el autor adopta el papel de mero recopilador de los testimonios del viajero (Domínguez Ortiz, 1969; Rossi, 1970; Corral, 1988; Llamazares, 1998; Calero, 1999; Madrid, 2000) e incorpora, a veces, información particular sobre la ciudad a modo de marco en el que se desenvuelve el visitante (Ezquerro, 1978; Alvar, 1990). En otros siete trabajos son las descripciones de los viajeros sobre determinados lugares las que guían el argumento, que puede ir precedido de una presentación de la ciudad (Thomas, 1998; Checa, 1992 y 1993), de los viajeros que la visitan (Comunidad de Madrid, 1989; Díez Borque, 1990), o acompañarlo de documentación añadida al hilo de los textos que ilustra las descripciones (Shaw, 1966; Marotta, 1991). Finalmente, dos estudios focalizan el eje expositivo en una temática específica que dirige y ordena la información de la ciudad y los testimonios de los viajeros (Brandis, 1988; Gentilli, 1989).

También se ha consultado la bibliografía más general sobre viajes en España, no sólo para completar en lo posible el elenco de viajeros, pues no todos los detectados en los repertorios están recogidos en los trabajos citados, sino también para incorporar descripciones que pudieran haber sido ignoradas en éstos (Crespo, 2001; Díez Borque, 1995; Fernández Gaillard, 2004; García Mercadal, 1999; Garms, 1988; Guerrero, 1990; Muñoz Rojas, 1981; Shaw, 1981; Soriano, 1980).

2. LOS ITINERARIOS POR LA CIUDAD Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE MADRID

Si las imágenes de la ciudad son representaciones vivas y eficaces por medio del lenguaje de los lugares que el viajero selecciona y detalla, habrá que seleccionar especialmente las descripciones que cumplen este requisito y no la simple mención de lugares. Además, será preciso reparar en la fecha del desplazamiento, la procedencia del viajero, el motivo de la visita a la ciudad y la duración de la estancia, porque todo ello ilustra sobre el sentido de los testimonios. Y también interesará saber cuándo y dónde se editan los relatos, y si se traducen a otros idiomas, pues el grado de difusión de las obras ayudará a calibrar el peso que en las descripciones de los viajeros pueden llegar a tener las imágenes vertidas por sus predecesores.

En los relatos de los viajeros se distinguen descripciones de tres tipos. Las generales de la ciudad, a modo de panorámicas, proyectan una imagen centrada en sus cualidades más manifiestas y en donde la capacidad de observación del viajero y su conocimiento de la ciudad deciden la calidad del contenido. Las descripciones de elementos puntuales aportan imágenes fragmentadas de la ciudad, pero, una vez ordenadas en el espacio, permiten, en la medida de lo posible, reconstruir los recorridos realizados por cada visitante. Por último están las que describen paseos elegidos por el autor del relato, en donde los componentes del recorrido se vinculan de tal forma que proyectan una imagen distintiva y particular.

Tomando en consideración estos tipos de descripciones, se revisan las recogidas en los relatos de viajes consultados, que, de ser recurrentes en textos separados en el tiempo, contribuirán a la construcción de imágenes de la ciudad. Se reproducen aquí los primeros testimonios de los que se tiene noticia y se continúa con otros posteriores seleccionados entre los que mejor contribuyan a ir completando las imágenes. Los resultados del trabajo permiten confirmar la hipótesis de partida, esto es, buena parte de las imágenes e itinerarios de la ciudad vertidos en los relatos de viajes del siglo XIX están configurados con anterioridad, limitándose a recrearlos los viajeros del siglo con su particular sensibilidad romántica.

a) Las imágenes generales de Madrid

El emplazamiento de la ciudad no facilita al viajero conseguir una imagen de conjunto. La única posibilidad es desplazarse al sur, pasado el río Manzanares. Llegar a este punto supone una disposición voluntarista por parte del viajero, a no ser que le venga dada por ser su vía de entrada a la ciudad. En este último caso, el protagonismo de la descripción recae siempre en el castillo y la muralla, cuyas dimensiones reducen el interés por el resto de lo observado desde ese punto de mira. Otra posibilidad de obtener una imagen general de la ciudad es recorrerla toda, tal y como debió de hacer el geógrafo y astrónomo Jerónimo Münzer en los ocho días que pasó en Madrid. Su itinerario, escrito en latín, se edita en 1924 en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* con el título *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*. Su impresión de la ciudad la enuncia así: «Madrid es tan grande como Bibrach, pero sus arrabales son muy extensos, tiene muchas fuentes, víveres baratos y dos moreías» (García Mercadal, 1999, vol. I, 305).

Hasta que la capital permanente no se instala en la villa, los viajeros que la visitan son escasos y muchos lo

hacen generalmente de paso a otras ciudades, de ahí que sus descripciones sean pocas y, además, escuetas. La del militar belga Antoine de Lalaing, autor del *Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501*, rey de cuyo séquito formaba parte, se reduce a «Madrid, donde hay un bellissimo castillo» (Calero, 1999, 19). El relato se dará a conocer en 1876, cuando se edita en Bruselas la *Collection des voyages de souverains des Pays-Bas*. Igualmente sucinta es la descripción del embajador veneciano y humanista Andrés Navagero en su visita a la ciudad en 1526, que sólo menciona «Las murallas de Madrid están hechas de pedernal» (Navagero, 1983, 71). Las cartas que el autor escribió durante su viaje a España se recogen casi un siglo después en *Lettere di XIII huomini illustri*, editadas en Venecia en 1615. El emplazamiento de la villa lo capta el erudito portugués y hombre de iglesia Gaspar Barreiros en 1545, al señalar que «Tiene el sitio en un otero en su mayor parte plano, descubierta al norte», e insiste en que la muralla «es de muros de tapia con los cimientos de pedernal» (García Mercadal, 1999, vol. II, 152 y 153). Su *Chorographia de alguns lugares* se imprime en Coímbra en 1561, poco tiempo después de finalizar el viaje.

Cuando al viajero le mueve el interés por conocer lugares y, además, transmitir sus testimonios, las descripciones generales son mucho más elaboradas, añadiendo a la observación que le proporciona la vista panorámica contenidos adquiridos en su visita a la ciudad. Tres viajeros presentan en sus relatos imágenes de este tipo. El primero en el tiempo es el francés A. Jouvin, cuyo *Le voyageur d'Europe*, editado en ocho volúmenes, comienza a publicarse a la vuelta de su periplo en 1672. Los motivos del libro, de ahí su pronta edición, están suficientemente claros. Está pensado para todos aquellos que tengan intención de viajar a España y, por ello, la edición se acompaña de un pequeño manual de conversación en francés y español para el uso del viajero y de una relación detallada de las monedas que circulan por los dos países. García Mercadal (1999) sostiene que, por el aspecto de guía que ofrece el texto, bien podría tratarse de un viaje ficticio. Sin embargo, cabría pensar que sólo la observación directa es capaz de descubrir los detalles que incorpora a sus descripciones, como la que dedica a presentar la ciudad:

Está situada a orillas del pequeño río Manzanares, que forma grandes praderas y hermosos paseos, aunque por este lado Madrid esté un poco en alto de un llano que suavemente se va inclinando por la parte del septentrión, donde está la puerta de Alcalá, que da comienzo a la gran calle llamada calle Mayor, y a varias otras también hermosas, llenas de tantas casas magníficas y del palacio que sobre ese asunto puedo compararlo con la ciudad de Roma, con

la que por su forma y su tamaño tiene mucha semejanza. (García Mercadal, 1999, vol. III, 595)

Buen espectador de la ciudad es el inglés Joseph Townsend, cuya obra *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787* se pudo conocer pronto en gran parte de Europa al publicarse en 1791 en Londres y en Leipzig, y en París en 1809. El libro, que lo acredita como uno de los más importantes viajes de extranjeros por España, reafirma la formación del autor para «describir las costumbres y usos de los pueblos de este país, el cuadro de la agricultura, del comercio, de las manufacturas, de la población, de las tasas y rentas de esta comarca y de sus diversas instituciones», tal y como incorpora el subtítulo de la obra. Esta disposición, característica de los hombres de la Ilustración, se trasluce claramente en la descripción general que hace de Madrid:

Me paseé también alrededor de la ciudad para obtener de ella una idea general antes de descender a los objetivos particulares. Dividí, por mí mismo, toda la ciudad en tres porciones, correspondientes a tres periodos fáciles de distinguir. La más antigua es la más próxima al río, el Manzanares, con las calles estrechas, comprimidas y tortuosas y las avenidas oscuras, como aquellas que se ven aún en Londres, pero sobre todo en París [...]. Al norte y al este de esta porción, a medida que uno se aleja del río, las calles van siendo más anchas y los edificios ofrecen algunos grados de simetría. Esta porción, comprendida la plaza Mayor, que en su tiempo parece haber sido un objeto notable, se termina en la Puerta del Sol. Pero cuando Felipe II trasladó su corte y Madrid se convirtió en capital de ese vasto imperio, la gran nobleza construyó sus palacios más allá de los antiguos límites, y la Puerta del Sol está ahora en el centro de la ciudad. (García Mercadal, 1999, vol. VI, 55)

El alemán Christian August Fischer añade más puntos de mira desde donde poder obtener imágenes del conjunto de la ciudad. Su libro *Reise von Amsterdam ubre Madrid und Cadiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798* se divulga también con gran rapidez por Europa, pues se edita inmediatamente en Berlín y tres años más tarde en París y en Londres. La obra recoge las cartas que el autor escribió en su viaje, tres de ellas desde Madrid. La calidad de las descripciones deja entrever el talante que mueve a los viajeros de finales del siglo XVIII. Así, Fischer, que es profesor, se desplaza por la ciudad con soltura gracias a la ayuda de un plano y de los libros de Antonio Ponz y de Tomás López, de ahí que la imagen revele su amplio conocimiento de la ciudad:

Hay tres vistas principales de la ciudad: la primera desde el camino de San Sebastián, la segunda desde las elevaciones delante de la puerta de Alcalá y la tercera desde la altura delante de la Puerta

de Segovia. Cada una ofrece una imagen diferente de Madrid. A mí la última me parece la más perfecta y bonita, pues es desde donde se ve toda la ciudad en su más amplia extensión: al este los jardines del Retiro, el Pardo y los restantes jardines junto al río; al oeste el nuevo palacio real, los paseos a lo largo del río y algunos palacetes. Siguiendo el curso del Manzanares, con sus puentes y canales, se ven al fondo las altas montañas de la sierra de Guadarrama cubiertas de nieve. (Fischer, 2007, 197)

Los viajeros también aportan otro tipo de descripciones que igualmente transmiten imágenes generales. Los testimonios revelan ciertas situaciones crónicas en la ciudad que se hacen recurrentes en los relatos. Así, el estado insalubre lo perciben todos los viajeros hasta mediados del siglo XVIII, antes de emprenderse las obras de saneamiento por Francisco Sabatini. El flamenco Lamberto Wyts es el primero que lo manifiesta cuando en 1573 acompaña al séquito de Ana de Austria. Su relación del viaje se conoce en 1864 al incluirse en la obra *Notices des manuscrits concernant l'histoire de la Belgique qui existent à la Bibliothèque Imperiale*, editado en Viena, Bruselas, Leipzig y Gante. El testimonio del autor se asemeja al de otros muchos viajeros de la época:

Tengo esta villa de Madrid por la más sucia y puerca de todas las de España, visto que no se ven por las calles otros que grandes «servidores» (como ellos los llaman), que son grandes orinales de m..., vaciados por las calles, lo cual engendra una fetidez inestimable y villana [...]. Después de las diez de la noche no es divertido el pasearse por la ciudad, tanto que, después de esa hora, oís volar orinales y vaciar la porquería por todas partes. (García Mercadal, 1999, vol. II, 336)

Y los progresos conseguidos en la salubridad los perciben los viajeros a partir de 1761. El erudito italiano Giuseppe Baretti, que visita la ciudad en dos ocasiones, 1760 y 1769, lo deja claro en su segundo viaje, escrito en inglés y al que añade las cartas de su primer desplazamiento. El libro, con el título *A journey from London to Genova, through England, Portugal, Spain*, se edita en Londres en 1770, al año siguiente en Leipzig y seis años más tarde en Amsterdam. García-Romeral (2001) apunta que el viaje escrito en inglés fue muy alabado por otros viajeros del momento, caso de M. Peyron, para el que las cartas de Baretti traslucen no sólo una buena documentación, sino que descubren a un observador sagaz. El testimonio de Baretti es testigo fiel del cambio: «Resultó una agradable sorpresa para mí encontrarla limpia de suciedad, lo que estaba lejos de haber sido el caso cuando la vi por primera vez hace ocho años» (*Madrid*, 2000, 41).

Las obras de saneamiento se acompañaron de otras mejoras. Las aprecia Richard Twiss, miembro de la Ro-

yal Society, que viaja por Europa haciendo el itinerario del *grand tour*. Su relato, *Travels through Portugal and Spain, in 1772 and 1773*, se edita a la vuelta del viaje en Londres, y en Berna y Leipzig al año siguiente. El autor, buen conocedor de otras ciudades europeas, no puede dejar de establecer comparaciones:

Más tarde me di un paseo por la ciudad y observé que [...] había tantas farolas como en las calles de Londres, que el empedrado era el más uniforme y fino que nadie puede imaginarse y que, además, las calles estaban tan limpias como nunca las había visto, ni siquiera en las ciudades de Holanda, mientras que hace diez años Madrid podía haber rivalizado con el Edimburgo de antes en cuanto a suciedad. (Twiss, 1999, 105)

Otra constante en la imagen de Madrid es la calidad de sus aguas. Ya en 1542 Gaspar Barreiros se percató de «las buenas fuentes y muchos pozos» (García Mercadal, 1999, vol. II, 154) y durante siglos los visitantes no lo pasan por alto. «El agua de Madrid, así como el pan, tiene una gran reputación» (García Mercadal, 1999, vol. IV, 635), señala el viajero francés Esteban de Silhouette en su *Voyage de France, d'Espagne, de Portugal, et d'Italie, du 22 avril 1729 au 6 février 1730*, publicado en 1770 en París en cuatro tomos. Y a finales de siglo, el naturalista irlandés William Bowles, en su *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*, editada en Madrid en 1775, al año siguiente en París y en 1783 en Parma, manifiesta que «Todo el mundo sabe que el agua que se bebe en Madrid es extremadamente pura y ligera, y de todas sus fuentes se da la preferencia a la del Berro, de la cual beben las personas reales y toda su corte en cualquier sitio que se hallen» (Calero, 1999, 27).

b) Los itinerarios por la ciudad

El análisis de los relatos desvela la existencia de recorridos frecuentados por los viajeros. En algunos textos, los menos, los marcan los propios autores, y acostumban a denominarlos «paseos». Otros se deducen de las descripciones de lugares en que insisten los relatos, reconociéndose los trayectos por la proximidad de los elementos reseñados. A partir de ahí, con los testimonios más elocuentes se pueden reconstruir las imágenes de los paseos más frecuentes.

A) PRIMER ITINERARIO: EL EJE PALACIO-PASEO DEL PRADO

En la relación que redacta en 1594 el italiano Camilo Borghese, recogida en la obra *L'Espagne au XVI et au XVII siècle*, editada en 1878 en Heilbronn, se reconoce el pri-

mer itinerario. El autor, enviado a la corte como nuncio extraordinario del papa, reside en la ciudad cinco meses, e inicia el recorrido en el alcázar, que «no es un edificio de gran valía para ser la residencia de un monarca tan poderoso», y finaliza en el prado de San Jerónimo, «que figura entre las cosas más célebres de Madrid» (García Mercadal, 1999, vol. II, 626). La descripción del alcázar es una constante en los relatos, sea o no obligada la visita a los monarcas. Lo es para Richard Winn, llegado con el séquito del príncipe de Gales y encargado de escribir la relación del viaje de 1623. Del relato se tiene conocimiento un siglo después, al incluirse en la obra *Historia vitae et regni Ricardo II*, editada en Oxford en 1724. El autor añade a la vista externa del edificio las características de su interior: «Todo él es de piedra, con una hermosa fachada. El edificio es sencillo pero sólido. En el interior hay dos patios de regular tamaño, y alrededor hay galerías sostenidas por columnas de piedra, nada aquí merece más atenta observación» (Madrid, 2000, 16).

También será parada obligada para el consejero del rey de Francia Baltasar de Monconys, que llega a la ciudad en 1628, en el primer viaje de los dos que realiza a España. Su *Journal des voyages* consta de varios volúmenes y se publica en Lyon y París en 1666, y en 1705 en Amsterdam. El autor incorpora en su descripción más pormenores del escenario: «[...] no es un edificio del que se pueda decir que es soberbio [...], sin más detalle o artificio arquitectónico que infinidad de ventanas, todas ellas provistas de balcones dorados, lo que convierte a este palacio en un lugar tan agradable como la plaza que tiene delante» (Checa, 1992, 34).

Pero es la curiosidad que acompaña a la figura del viajero, así como el interés en transmitir sus impresiones, la que incita a Jouvin a recorrer los entornos del alcázar y reparar en sus componentes, completando con la reseña de nuevos elementos la imagen que presenta el conjunto palaciego en 1672: «Hay un pequeño jardín detrás de este palacio, que se extiende como en un valle, que hace aparecer a ese palacio por esa parte como alzado sobre una montaña, que lo hace tanto más fuerte, y por otro lado, hay un gran parque que va descendiendo hasta la orilla del río» (García Mercadal, 1999, vol. III, 595).

Y cuando se levanta el nuevo palacio en 1764, sustituyendo al viejo alcázar, se convierte para los viajeros en centro de atención y no dejan de describirlo en todos sus detalles. El testimonio de Townsend en 1786 es significativo de la manera de observar la ciudad y transmitir sus impresiones que acostumban los viajeros ilustrados: «Es imposible ver el nuevo palacio sin gozar del placer más perfecto. Presenta cuatro fachadas, cada una de cuatro-

cientos sesenta pies de longitud y cien pies de altura hasta la cornisa» (García Mercadal, 1999, vol. vi, 56).

El itinerario se continúa hacia el este por la calle Mayor, la principal de la villa durante el siglo xvii. La primera descripción de la calle la hace el viajero alemán Diego Cuelvis en el *Thesoro chorographico de las Espannas... in the years 1599 and 1600*, cuyo relato transcribe parcialmente Domínguez Ortiz (1969). El autor había visitado otros países europeos antes de llegar a Madrid, y al pasear por la calle Mayor repara en que «Tiene riquísimos mercaderes por toda esta calle. La Joyería y Platería, como la Ligeth de Londres» (Domínguez Ortiz, 1969, 143). Tampoco a Jouvin le pasan inadvertidos otros elementos con los que se tropieza en el recorrido que realiza en 1672, aunque omite detalles del ayuntamiento, todavía a medio construir: «[...] y un poco más adelante la casa ayuntamiento, que está en una gran plaza, en medio de la cual aparece una fuente con un gran estanque adornado con varias figuras de mármol» (García Mercadal, 1999, vol. iii, 596).

Pero la pieza más importante de la calle es sin duda la plaza Mayor, que, proyectada en 1617 por Juan Gómez de Mora, será el centro de la villa durante todo el siglo y lugar de visita de todos los viajeros. Es el consejero del Parlamento de Roán Francisco Bertaut, acompañante del séquito del mariscal De Gramont, el primero que la describe en su diario del viaje de 1659, publicado en París en 1669 con el título *Estat de l'Espagne*. En el testimonio del autor se plasman gran parte de los elementos que definen la imagen inconfundible de la plaza: «La principal de estas plazas, donde se hacen las fiestas de toros y de cañas, no es tan grande ni tan hermosa como la plaza real de París. Los edificios son mucho más altos, teniendo hasta seis y siete pisos, todos llenos de balcones de hierro» (García Mercadal, 1999, vol. iii, 408).

También se detiene en ella el naturalista Francis Willughby cuando visita la ciudad en 1664. Sus numerosos viajes los financia la Real Society, publicándose el que transcurre por el sur de Europa en 1673 con el título de *Voyage through a great part of Spain*. Su descripción completa la imagen anterior, al incorporar más detalles de la arquitectura que define a las plazas mayores: «Hay una *piazza* o plaza preciosa, rodeada de altas casas, todas iguales, con bonitas filas de balcones, unos encima de otros, y debajo, todo alrededor, pórticos o claustros» (Shaw, 1966, 141).

Y añade vida al escenario de la plaza la descripción que en 1669 hace el viajero Bernardín Martín en su libro *Voyages faits en divers temps en Espagne, en Portugal, en Allemagne, en France et ailleurs*, editado en Amster-

dam ese mismo año: «La plaza Mayor está ocupada por un lado por los comerciantes de paños, que tienen hermosas tiendas. El resto lo está por mercaderes de toda laya. En el centro se celebra el mercado, como en los Halles de París» (Checa, 1992, 88).

En 1777 llega a la ciudad el barón de Bourgoing, secretario de la embajada francesa en Madrid, que permanecerá en España casi doce años. Sus textos sobre Madrid se recogen en la obra *Nouveau voyage en Espagne ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie*, que se edita en París en 1788 y dos años después en Londres, Dublín y Leipzig. Su impresión de la plaza, además de reproducir la imagen acostumbrada hasta el momento, revela las consecuencias del desgraciado suceso ocurrido antes de su llegada:

La reunión de todas estas circunstancias la convirtió en el lugar más notable de la villa y corte y le ha valido una fama, tal vez merecida en la época de su construcción, pero no ahora cuando los adelantos de la arquitectura permiten crear en Europa cuarenta plazas superiores a ésta. La plaza Mayor ha quedado muy desfigurada a consecuencia del incendio que redujo a ceniza, hace siete años, la casi totalidad de uno de sus lados. (García Mercadal, 1999, vol. v, 482)

Pero no fue éste el último incendio que sufrió la plaza Mayor, pues el de 1790 obligó a levantarla de nuevo, esta vez con el diseño de Juan de Villanueva. La construcción completa de su arquitectura se demoró más de cincuenta años, por lo que a Fischer, cuando la visita en 1798, sólo le llama la atención el mercado que sigue funcionando: «Aunque no se puede comparar con el mercado de Covent Garden de Londres, no es de ninguna manera despreciable para Madrid, y la abundancia de todo tipo de alimentos que se ofrecen en parte debajo de las gradas y en parte en la misma plaza es siempre digna de una capital» (2007, 216).

Siguiendo por la calle Mayor se llegaba a la plaza del Sol. El espacio alargado, bastante angosto y ocupado por puestos de carnes y verduras, apenas llama la atención de los viajeros. Parece que Jouvin es de los pocos que se detienen en ella, y por su particular afición a las fuentes se fija en la Mariblanca, nombre con el que la conocía el vecindario. Su descripción de la plaza en 1672 reza así: «[...] en medio de la cual hay un gran estanque de una fuente enriquecida con varias figuras de mármol blanco que la hacen estimar como la fuente más bella de Madrid [...]. Esta plaza ocupa el centro de Madrid, y está atravesada por dos calles que se cruzan y que van de un extremo al otro de la villa» (García Mercadal, 1999, vol. iii, 597).

E incluso, cuando se levantan en 1768 dos nuevos edificios en su entorno, las alusiones de todos los viajeros

se centran en ellos más que en la plaza. «La Aduana y el Correo son edificios nuevos y hermosos» (García Mercadal, 1999, vol. v, 182), apunta el militar inglés William Dalrymple en su diario publicado en forma de cartas con el título *Travels through Spain and Portugal in 1774*, que tuvo una rápida difusión por Europa al editarse al año siguiente en Londres y Dublín, tres años después en Leipzig y en 1783 en París.

Pasada la plaza, el itinerario se continuaba por la calle de Alcalá y terminaba en la puerta levantada en 1599 que señalizaba la entrada oriental de la ciudad. En 1769 el viajero Giuseppe Baretti se detiene en este punto, aunque la entrada a la ciudad la hiciese por el oeste, y describe la vista de la calle: «La entrada en Madrid por la Puerta de Alcalá ofrece una muy notable perspectiva, pues allí comienza una calle en cuesta de una milla de longitud y tan amplia como la más ancha de las calles de Londres, que cuenta con numerosas casas amplias y de calidad» (*Madrid*, 2000, 41).

Y cuando en 1778 se termina de construir la nueva Puerta de Alcalá, la impronta de su arquitectura no pasará inadvertida a los que la traspasan, pareciéndole a Bourgoing en 1777 que, «a pesar de su poco airosa traza, no deja de tener un aspecto fundamental», y a José María Fleuriot sólo le cabe exclamar en 1784 que es «una puerta soberbia» (García Mercadal, 1999, vol. v, 480 y 805). El libro de Fleuriot *Voyage de Figaro en Espagne* tuvo un éxito enorme, pues se publica ese mismo año en Saint-Malo y dos años después en Londres y en Leipzig, conociéndose además una edición danesa y otra italiana.

El itinerario que hiciera Borghese en 1594 terminaba en el prado de San Jerónimo. Pero es el viajero alemán Diego Cuelvis en esos mismos años quien da una descripción más generosa en detalles, al incorporar el ambiente habitual del escenario, que ya a finales de siglo era una nota distintiva del paseo: «A mano izquierda ay una hermosísima alameda que hace dos calles muy anchas y muy largas donde el verano a las vísperas andan por pasar el tiempo con caroches y caballos todo el Mundo, habiendo mucha música hasta media noche» (Domínguez Ortiz, 1969, 143).

Cien años después, las mejoras introducidas en el paseo no hacen sino aumentar la calidad de los testimonios de los viajeros, al recoger todo el cúmulo de pormenores que se le van incorporando y que continuarán singularizándolo. Jouvin, en 1672, lo describe como

[...] un paseo de varias avenidas sombreadas de grandes árboles [...], estando distinguido con varios estanques y surtidores que for-

man un pequeño arroyo, que corre al pie de los árboles de estas avenidas, regándolas y haciendo de este lugar siempre agradable y lleno de verdor, donde por la noche es de muy buen ver el paseo lleno de una cantidad de carrozas de personas de calidad que allí acuden a tomar el fresco. (García Mercadal, 1999, vol. iii, 597)

Y la imagen se completa con la descripción de Fischer en 1797, una vez acometida la nivelación del terreno y el encauzamiento del arroyo, que mejoraban el tránsito por el paseo. El viajero, que no escatima detalles en la descripción, también repara en las construcciones que lo jalonan:

La primera vista al Prado, desde la calle de Alcalá, es realmente impresionante. La anchura de la calle, los palacios, los bonitos monasterios con sus terrazas, la vista de la majestuosa puerta a la cual lleva una alameda, las cuatro filas de grandes y umbrosos árboles, las excelentes fuentes de mármol: en resumen, todo da una impresión de perfección. Lo mismo pasa al entrar desde la calle de San Jerónimo, donde un palacio, un precioso hospital y dos bonitos monasterios forman las dos esquinas y, al fondo, la entrada al real palacio del Buen Retiro. (Fischer, 2007, 205)

B) SEGUNDO ITINERARIO: LOS REALES SITIOS DEL RETIRO, EL PARDO Y LA CASA DE CAMPO

Los reales sitios, dedicados por los reyes españoles a lugares de esparcimiento, se empiezan a configurar con los Austrias y los culminan los Borbones. Los situados en el entorno de la villa son el Retiro, el más cercano, y los del Pardo y la Casa de Campo, localizados al noroeste, fuera ya del continuo edificado. Los viajeros tienden a visitarlos, unos por imperativos del cargo, que los obliga a reunirse con los reyes cuando allí se trasladan, y otros para conocer sus casas de campo, su riqueza forestal y, en algunos casos, también cinegética.

Será en 1659 cuando el embajador francés y duque Antoine de Gramont, en su relato, da la primera descripción del Retiro, una vez completada la adquisición de fincas por el rey para la creación del sitio. Del palacio, comenzado a construir en 1631, dice el autor que «Es bastante grande; las habitaciones pasablemente cómodas» (García Mercadal, 1999, vol. iii, 375). El relato de embajada del autor se recoge en las *Mémoires du marchand de Gramont*, publicadas en París en 1716. Introduce impresiones más allá del edificio el teólogo Juan Muret, que se instala en la ciudad durante un año acompañando al embajador extraordinario del rey francés. Sus *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667* se publican en París en 1879. En una de ellas comenta: «Os diré primero que el parque es una vez más grande que el de Ollainville, y

que es muy variado, no solamente por los paseos, según la manera de este país, sino por los estanques, los edificios y los lugares incultos» (García Mercadal, 1999, vol. III, 556).

Y los cambios que va experimentando el sitio se descubren en los textos de los viajeros posteriores. Lo hace el fraile italiano Roberto Caimo en las cartas que escribe desde Madrid en 1755, reunidas en la obra *Lettere d'un vago italiano*, publicada en cuatro tomos en Milán entre 1759 y 1769, tres años después en París y en 1774 en Leipzig. El autor sostiene que sus cartas son verídicas, aptas para instruir y no para alabar, y comenta del conjunto:

Es menos regio por su magnificencia que por su extensión [...], he ido por la tarde a ver los jardines, en los que no encontré ni orden ni simetría. Es un parque de más de cuatro millas de contorno, que está distribuido en su interior por varias largas avenidas. Hacia la mitad hay un estanque muy hermoso, que forma un cuadrado largo, cuyas abundantes aguas son al mismo tiempo muy claras. Las hacen venir de lejos con mucho gasto, y se distribuyen por todas partes por largos tubos, por mil juegos diferentes, que son muy agradables. (García Mercadal, 1999, vol. IV, 784)

A finales de siglo las descripciones de los viajeros se enriquecen más, al igual que lo hace el escenario del parque, al incorporar nuevos elementos y, sobre todo, a partir de 1767, cuando se abren al público durante el verano y el otoño. La capacidad de observación y buena pluma de Fischer se plasman en su testimonio de 1797:

[...] donde hay un palacio grande y feo, suficientemente descrito. Aunque el jardín está cada vez más desordenado, tiene todavía muchos encantos. Su elevada situación, que permite una vista sobre una parte del Prado, la ciudad y los campos de alrededor, un aire puro y refrescante, buenas alamedas y bosques, un estanque grande y varios pequeños, una sombría pista de mallo y una casa de fieras, la gran fábrica de porcelana y las casas de los trabajadores: todo eso atrae cada tarde a mucha gente. Sobre todo la clase alta parece encontrarse a gusto en este jardín. (Fischer, 2007, 208-209)

La primera noticia del sitio del Pardo, el que era el mayor de los cazaderos reales existente desde el siglo XV, la da en 1526 Navagero cuando comenta que «A cuatro leguas de Madrid hay un bosque adonde algunas veces va a cazar el César y se llama el Pardo» (Navagero, 1983, 71). En 1594, Borghese incorpora la Casa de Campo a sus visitas, una vez iniciadas por el rey en 1562 las compras de terrenos. Señala el autor que «Hay allí jardines, estanques, fuentes, bosques con un serrallo de gamos, ciervos y conejos» (Checa, 1992, 196). Y conforme pasa el tiempo, la impronta del sitio y de su paisaje no pasan

inadvertidas ni a Monconys, conecedor también de los de El Escorial y Aranjuez, al que en 1666 le parece «una extensión bellísima completamente cerrada por un recinto amurallado» (Checa, 1992, 18), ni al viajero Jouvin, que lo visita en 1672:

Tan pronto como se pasa ese puente, se ve esa real Casa de Campo, adonde el rey va a menudo a distraerse cazando en un gran parque de paseo por las orillas de varios grandes canales llenos de agua del pequeño río que pasa por en medio de ese palacio y de sus jardines [...], existen algunas fuentes y surtidores que mantienen este sitio siempre verdeante y muy agradable, en lo más fuerte del verano. (García Mercadal, 1999, vol. III, 599)

Las descripciones de los sitios reales que hacen los viajeros franceses e ingleses del siglo XVIII, más cosmopolitas, no pueden prescindir del conocimiento que tienen de otras dependencias reales europeas. A ello hay que añadir la dedicación más interesada de los reyes españoles del siglo por los otros sitios reales más alejados de Madrid. Así, el viajero Silhouette, que conoce las casas de campo del rey francés, no puede menos que sincerarse en la impresión que le produjo el Pardo en 1729: «[...] el edificio es de ladrillo, cubierto de pizarra, rodeado de fosos, y no deja de parecerse a alguno de esos viejos castillos que se ven en las campiñas de Francia. No hay allí jardín, pero hay un bosque de encinas, en el que se puede tomar la diversión de la caza» (García Mercadal, 1999, vol. IV, 637).

Y el inglés Edgard Clarke, capellán del conde de Bristol, tampoco se cohíbe en sus *Letters concerning the Spanish nation: written at Madrid during the years 1760 and 1761*, publicadas en Londres en 1763, dos años después en Lúbeck y en 1770 en París: «El Pardo podría ser la residencia paradera de un caballero terrateniente inglés [...]. Todos estos palacios están enmoheciéndose y casi tan olvidados como los efímeros monarcas que los levantaron para satisfacer su orgullo. Constituyen en nuestros días una serie de esplendorosas ruinas para recreo de la curiosidad del viajero contemporáneo» (Robertson, 1976, 48-49).

La Casa de Campo no queda mejor parada. A Dalrymple, en 1774, sólo le basta señalar que la residencia del rey «no es para un príncipe más que una cabaña», y poco más o menos le parece al diplomático francés y secretario de embajada Jean-François Peyron en 1777, para el que «El palacio es pequeño y muy descuidado», y añade que el Pardo «no tiene otro agrado que una bella situación y bosques de encinas» (García Mercadal, 1999, vol. V, 182 y 371 y 372). Este autor permanece un año en Madrid y publica sus *Essais sur l'Espagne et voyage fait*

en 1777 et 1778 en Ginebra en 1780 y dos años más tarde ya se encuentra disponible en Leipzig y Londres.

C) *TERCER ITINERARIO: LAS RIBERAS DEL MANZANARES*

En este itinerario el protagonismo recae en las riberas del río Manzanares. Aunque el conocimiento del río para todos los viajeros que acceden a la ciudad por el sur es obligado, no lo recorrerán hasta bien entrado el siglo XVII. Hay viajeros que al referirse al río lo hacen en tono sarcástico, como el caballero francés Antonio de Brunel en 1655, para el que «el nombre es más largo que ancho el río» (García Mercadal, 1999, vol. III, 295), tal y como se recoge en su *Voyage d'Espagne curieux, historique et politique, fait en l'année 1665*, publicado en 1666 en París y poco después en Fráncfort. No es el caso del embajador Gramont, para el que en 1659 «es el sitio más agradable que se pueda imaginar [...], donde tienen un paseo de una legua de largo, bajo los árboles, sobre arena firme que el río Manzanares riega por cincuenta pequeños canales diferentes» (García Mercadal, 1999, vol. III, 382).

Y «por cuyas arenas se pasean las carrozas» (García Mercadal, 1999, vol. III, 477), añade el consejero Bertaut ese el mismo año. Imagen que mantiene y completa el también consejero Monconys en 1666:

El río que pasa por la ciudad, aunque pequeño, termina por parecer agradable a causa de los largos paseos que lo bordean, los pequeños prados que riega con sus aguas y las islas que forma, adonde va todo el mundo a tomar el fresco. El puente de Segovia es una bella construcción que el río no merece. Todo él está cons-truido con piedra tallada. (Checa, 1992, 17)

Algunos viajeros inician el recorrido antes de llegar al río, en las llamadas Delicias del Manzanares, paseo que baja desde la Puerta de Atocha, límite sur del paseo del Prado. Mientras que para Peyron, por el olor que desprende el canal del Manzanares, todavía sin terminar en 1777, el paseo «es poco digno de ese nombre» (García Mercadal, 1999, 346), para Fischer, en 1797, ya finaliza-das las obras del canal, la percepción es diferente:

Los altos y umbrosos árboles están bien regados y hay una agradable vista a unos ricos campos verdes, regados por innume-rables pequeñas acequias. Tanto la clase alta como la baja suelen acudir a menudo a este paseo, aquéllos antes se dirigen al Prado, éstos, especialmente los domingos, todos con el mismo fin: respirar un aire más puro. Por eso siempre se ven parados algunos carruajes mientras que los caballeros y las damas pasean por las pequeñas alamedas del canal o por la gran pradera a lo largo del Manzanares. Sobre todo, los domingos esta pradera está cubierta de gente que pasa la tarde bailando, comiendo y jugando a la pelota y a otros juegos. (Fischer, 2007, 209)

Y este autor que recorre las riberas del Manzanares hacia el oeste no puede menos que detenerse a observar el espectáculo que se le ofrece:

[...] bajamos al pequeño río que fluye por varios pequeños canales y todo se parece a una floresta. A la orilla de los canales hay innume-rables lavanderas con su sitio reservado, que cubren en verano con un toldo. Toda la pradera está cubierta por lavaderos y tendede-ros. Tendría usted que estar aquí para poder imaginar realmente el bullicio de miles de lavanderas [...]. Los domingos y días festivos la parte trasera de este paseo, que da a algunas praderas, se convier-te en el habitual centro de reunión de la clase media del oeste de la ciudad. Entonces todo está llena de gente, que toma su merienda en el césped, juega a la pelota y a las cartas, baila el bolero, etc. (Fischer, 2007, 210)

* * *

Las descripciones de Fischer son el puente que enlaza claramente con las imágenes de la ciudad ofrecidas por los viajeros del siglo XIX. Señala Nicolás Ortega (1999) que las imágenes del paisaje urbano contenidas en los relatos de los viajeros románticos aciertan a destacar algunos de sus rasgos más significativos y valiosos, y que tales imágenes tienen la virtud de llamar la atención sobre los componentes cualitativamente más apreciables de la ciudad. En efecto, para estos viajeros la ciudad se valora fundamentalmente por ser un cuadro de costumbres. Sirva de ejemplo el testimonio del autor con el que abrimos este trabajo, Richard Ford, que en 1833 completa la imagen del paseo del Prado que dieran los anteriores viajeros:

[...] de las otras siete fuentes, las de Apolo y Cibeles son las más admiradas; pero estos objetos de piedra no tienen comparación alguna con los grupos vivientes de todas las edades, colores y ata-víos que se pasean y charlan, se sientan y fuman, como verdaderos orientales; contentos de gastar el tiempo y la vida en humo, fumando y diciéndose a sí mismos que no son más que humo y pensando que piensan. (Ford, 1981, 55)

BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE GARCÍA, L. (2005): «Consideraciones acerca del género relato de viajes en la literatura del siglo de oro», en C. Mata y M. Zugasti (eds.): *Actas del Congreso El Siglo de Oro en el Nuevo Milenio*, tomo I. Ediciones de la Universidad de Navarra, Pam-plona, pp. 129-141.
- (2006): «Los libros de viajes como género literario», en M. Lucena Giraldo y L. Pimentel (eds.): *Diez es-tudios sobre literatura de viajes*. Instituto de Lengua Española, CSIC, Madrid, pp. 67-87.

- ALVAR, A. (1990): *La villa de Madrid vista por los extranjeros en la Alta Edad Moderna*. Instituto de Estudios Madrileños/Ayuntamiento de Madrid, Madrid.
- BAS MARTÍN, N. (2007): «Los repertorios de libros de viajes como fuente documental». *Anales de Documentación*, núm. 10, Universidad de Murcia, pp. 9-16.
- BRANDIS, D. (1988): «El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros», en J. Gómez Mendoza y N. Ortega Cantero (eds.): *Viajeros y paisajes*. Alianza Universidad, Madrid, pp. 107-134.
- (2009): «La imagen cultural y turística de las ciudades españolas patrimonio de la humanidad», en M. A. Troitiño Vinuesa (ed.): *Ciudades patrimonio de la humanidad: patrimonio, turismo y recuperación urbana*. Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 70-97.
- CALERO, F. (1999): *Viaje romántico por Madrid*. Blázquez Editor, Madrid.
- CHAMPEAU, G. (2004): «El relato de viaje, un género fronterizo», en G. Champeau: *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*. Verbum, Madrid, pp. 15-31.
- CHECA CREMADES, J. L. (1992): *Madrid en la prosa de viaje. I: siglos XV, XVI, XVII*. Estudio y selección de J. L. Checa Cremades, Comunidad de Madrid, Madrid.
- (1993): *Madrid en la prosa de viaje. II: siglo XVII*. Estudio y selección de J. L. Checa Cremades, Comunidad de Madrid, Madrid.
- COMUNIDAD DE MADRID (1989): *Viajeros impenitentes. Madrid visto por los viajeros en los siglos XVII, XVIII y XIX*. Consejería de Cultura, Madrid.
- CORRAL, J. del (1988): «Viajes y viajeros en el Madrid de Carlos III», en *Carlos III, alcalde de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, pp. 177-200.
- CRESPO DELGADO, D. (2001): «De Norberto Caimo a Alexandre de Laborde. Las bellas artes nacionales en la literatura extranjera de viajes por España en la segunda mitad del siglo XVIII». *Anales de Historia del Arte*, núm. 11, pp. 269-290.
- DÍEZ BORQUE, J. M. (1990): «La ciudad: la corte (Madrid)», en J. M. Díez Borque: *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros*. Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 249-257.
- (1995): «Viajeros extranjeros por la España del siglo XVII». *Compás de Letras*, núm. 7, pp. 79-95.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (1969): «La descripción de Madrid de Diego Cuelbis». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, pp. 135-144.
- ESCOBAR CAMACHO, J. M. (2009): *La ciudad de Córdoba: origen, consolidación e imagen*, Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 135-144.
- EZQUERRA, R. (1978): *Madrid visto por los extranjeros*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.
- FERNÁNDEZ GAILLART, M. (2004): «Imágenes de España y de los españoles en algunos textos franceses de principios del siglo XVII», en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi: *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (siglos XVI y XVII)*. Verbum, Madrid, pp. 197-220.
- FISCHER, Ch. A. (2007): *Viaje de Amsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*. Universidad de Alicante, Alicante.
- FORD, R. (1981): *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, vol. I. Turner, Madrid.
- FREIXA, C. (1994): «España en las geografías británicas del siglo XVIII». *Estudios Geográficos*, núm. 214, pp. 59-79.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1999): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vols. II, III, IV, V, y VI. Junta de Castilla y León, Salamanca.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. (2000): *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*. Ollero & Ramos, Madrid.
- (2001): *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglos XV-XVI-XVII)*. Ollero & Ramos, Madrid.
- GARMS, J. (1988): «Viajeros italianos en España en época de Carlos III», en *Carlos III alcalde de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, pp. 85-108.
- GENTILLI, L. (1989): *Fiestas y diversiones en Madrid. La segunda mitad del siglo XVII: relatos de viajeros europeos*. Bulzoni Editore, Roma.
- GUERRERO, A. C. (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Aguilar, Madrid.
- HERRERO MASSARI, J. M. (1999) *Libros de viajes de los siglos XVI y XVII en España y Portugal: Lecturas y lectores*. Fundación Universitaria Española, Madrid.
- LÓPEZ CORDÓN, M. V. (1998): «Historia, sociedad y carácter: la evolución de la imagen de Cataluña en los libros de viajes entre el siglo XVII y XVIII», *Pedralbes: Revista de Historia Moderna*, núm. 18 (333-346).
- LÓPEZ DE ABIADA, J. M., y A. LÓPEZ BERNASOCCHI (2004): *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (siglos XVI y XVII)*. Verbum, Madrid.
- LÓPEZ DE MARISCAL, B., y J. FARRÉ (2000): «Para una tipología del relato de viaje», en B. López de Mariscal (ed.): *Viajes y viajeros*. Tecnológico de Monterrey, Monterrey.
- LÓPEZ VALERO, M. M. (1997): «Discurso historiográfico y narrativa barroca en los libros de viajes del siglo XVII», *Revista de Filología Románica*, nº 14, págs. 225-236.

- LLAMAZARES, J. (1998): *Los viajeros de Madrid*. Ollero & Ramos, Madrid.
- Madrid. *Una antología para el viajero* (1988), selección e introducción de Hugo Thomas. Grijalbo, Barcelona.
- Madrid (2000). Acento Editorial, Madrid
- MAROTTA PERAMOS, M. (1991): *Viajeros italianos del Setecento y su visión de Madrid*. Facultad de Filología, Universidad Complutense, Madrid, <www.ucm.es/BUCM/tesis>.
- MUÑOZ ROJAS, J. A. (1981): «La imagen romántica de España. Los precursores», en *Imagen romántica de España*. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 11-17.
- NAVAGERO, A. (1983): *Viaje por España (1524-1526)*, traducido y anotado por A. M. Fabie, prólogo de A. González García. Turner, Madrid.
- ORTAS DURAND, E. (2005): «La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturalizadas, soñadas...», en L. Romero Tobar y P. Almarcegui Elduayen (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Universidad Internacional de Andalucía/Alcal Ediciones, Baeza, pp. 48-91.
- ORTEGA CANTERO, N. (1999): «Romanticismo, paisaje y geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX». *Ería*, núm. 49, pp. 121-128.
- (2006): «Ver, pensar, sentir el paisaje. Expresiones literarias del paisajismo moderno», en N. Ortega Cantero (ed): *Imágenes del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid/Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 9-47.
- PÉREZ PRIEGO, M. A. (1984): «Estudio literario de los libros de viajes medievales». *Revista de Filología*, núm. 1, pp. 217-240.
- ROBERTSON, I. (1976): *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855*, Editorial Nacional, Madrid.
- ROMERO TOBAR, L., y P. ALMARCEGUI ELDUAYEN (coords.) (2005): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Universidad Internacional de Andalucía/Alcal Ediciones, Baeza.
- ROSSI, G. C. (1970): «Madrid en las páginas de un humanista portugués». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, pp. 23-27.
- SALCINES DE DELAS, D. (1995): *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*. Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, <www.ucm.es/BUCM/tesis>.
- SHAW FAIRMANN, P. (1966): «El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 1, pp. 137-145.
- (1981): *España vista por los ingleses del siglo XVIII*. Sociedad General Española de Librerías, Madrid.
- SORIANO PÉREZ-VILLAMIL, M. E. (1980): *España vista por historiógrafos y viajeros italianos*. Nancea, Madrid.
- THOMAS, H. (1998): *Madrid. Una antología para el viajero*, selección e introducción de H. Thomas. Grijalbo, Madrid.
- TWISS, R. (1999): *Viaje por España en 1773*. Cátedra, Madrid.
- UZCANGA MEINECKE, F. (2006): «Estudios sobre literatura de viajes (1995-2005)». *Iberoamericana*, VI, núm. 23, pp. 203-219.